

LA HISTORIA CONCEPTUAL COMO CRÍTICA¹

José Manuel Romero Cuevas
Universidad de Alcalá de Henares, Madrid

Voy a plantearme en este ensayo algo distinto a un análisis o una confrontación con la historia conceptual de R. Koselleck.² La cuestión que voy a tratar es si, a partir de la concepción de la historia conceptual de este autor, puede pensarse, al menos en esbozo, un modo de historia conceptual orientada a la crítica del presente y cuáles serían sus bases y procedimiento. Voy a seguir una dirección paralela a la de Antonio Gómez Ramos que, en su aproximación a la obra de este autor, se ha propuesto “extraer de Koselleck potencialidades críticas que en él no están desarrolladas o lo están muy discretamente”.³ Para pensar este posible modelo de historia conceptual crítica voy a apoyarme, como se va a comprobar, en determinadas ideas de Walter Benjamin sobre teoría del conocimiento histórico recogidas en su frustrada obra de los Pasajes y en sus tesis sobre el concepto de historia.⁴ Con esta búsqueda de apoyo en ideas de otro autor, en este caso Benjamin, que pertenece a una tradición filosófica y política tan distante en principio de la de Koselleck y al que éste, hasta donde yo sé, jamás adopta como interlocutor ni cita, no estoy implicando que la historia conceptual de Koselleck no pretenda ser ella misma crítica, pues aspira a serlo explícita e implícitamente. Ahora bien, esta pretensión crítica está formulada en unos términos que, o bien resultan demasiado estrechos (pues están ligados únicamente a la rigurosidad metódica del historiador de los conceptos), o bien apuntan a una crítica de la modernidad de carácter marcadamente conservador. Veámoslo con detenimiento.

1. La pretensión crítica de la historia conceptual de R. Koselleck

Explícitamente, la historia conceptual, como ha sostenido el propio Koselleck, pretende ser “un método especializado para la crítica de las fuentes, que atiende al uso de los términos relevantes social o políticamente y que analiza especialmente las expresiones centrales que tienen un contenido social o político”.⁵ La historia conceptual posibilitaría un empleo crítico de las fuentes, al poner de manifiesto las transformaciones semánticas de los conceptos socio-políticos a lo largo de un periodo histórico determinado. No es una mera genealogía del significado de los conceptos que, al mostrar su variación histórica ligada a la historia de los conflictos sociales, problematizaría la evidencia y apariencia de naturalidad con la que se nos ofrece el significado actual de los mismos (aunque la genealogía de los valores y conceptos morales de Nietzsche constituye uno de sus precedentes). Va más allá. Apunta a la dimensión de las transformaciones de la experiencia histórica, sobre todo de la experiencia del tiempo y de la historia misma, característica o definitoria de un periodo histórico.

Aquí existe claramente un punto de contacto con el primer Heidegger. Para éste, como ha mostrado Ramón Rodríguez, la interpretación fenomenológica de los conceptos centrales de la tradición filosófica pone al descubierto una *Grunderfahrung* o *experiencia fundamental* consolidada en ellos y a la que remiten. Ahora bien, para Heidegger esta experiencia fundamental consistiría en aquel modo concreto de cuidado (o *Sorge*) cuya estructura intencional abre e ilumina un modo de aparecer determinado de las cosas.⁶ Se podría sostener que la historia conceptual apuntaría, como la interpretación fenomenológica de los conceptos de Heidegger, a una dimensión más fundamental que la del mero plano de las transformaciones semánticas de los conceptos, a saber, al fondo de experiencia en ellos sedimentado, que se trataría de hacer explícito y comprensible para nosotros; un fondo de experiencia que para Koselleck es radicalmente histórico (a diferencia del primer Heidegger, cuya problemática era en lo esencial ontológica).

Otro modo de formular esto sería sostener que la historia conceptual se ocuparía de ese proceso, que se repite con cada cesura histórica, por el que “la experiencia se eleva de nuevo a concepto”.⁷ Lo que para Hegel era la labor de

la filosofía, elevar su tiempo a concepto, piensa Koselleck que acontece, sin intervención determinante del filósofo, con los conceptos relevantes en el plano político-social: en ellos se sedimenta una determinada experiencia histórica del propio tiempo y un horizonte de expectativas concreto respecto al porvenir. Las transformaciones semánticas de los conceptos funcionan en la historia conceptual al modo de sismógrafos en los que descifrar transformaciones de más hondo calado: el nivel de las experiencias consolidadas y las esperanzas y temores dominantes en el colectivo social de una época.

Pero, además de eso, la historia conceptual muestra el modo en que los conceptos establecen “también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible”.⁸ Es decir, los conceptos no sólo recogen un modo de experimentar el tiempo, sino que actúan como factores condicionantes de lo experienciable y realizable en el plano histórico; orientan nuestra apertura a lo histórico de un modo determinado, delimitando con ello lo representable como factible y realizable e impulsando a su vez un tipo concreto de praxis. Es por eso que a lo largo de la historia determinados conceptos han tenido efectos y consecuencias políticas importantes, pues en ellos se coagula una carga semántica que implica un particular diagnóstico del tiempo presente y delimita a su vez un modo determinado de abrirse al futuro, por lo que puede servir de herramienta para orientar e impulsar en una dirección determinada el movimiento social y político.⁹ De esta guisa, para Koselleck, en el tránsito a la modernidad, “los conceptos fundamentales elaborados teóricamente, penetraron en el depósito de las consignas que forman las opiniones y legitiman partidistamente”,¹⁰ es decir, se transformaron en guías pragmáticas de determinados partidos y en instrumentos de la confrontación político-social. Por lo tanto, podemos resumir lo dicho afirmando que la historia conceptual posibilita un empleo crítico de las fuentes en tanto que enfrenta al historiador con el hecho ineludible y problemático de la historicidad del significado de los conceptos, que remite a las transformaciones en la experiencia del tiempo y las expectativas respecto al futuro sedimentado en ellos, impidiendo así la tentación de proyectar sin más en el pasado el significado aparentemente evidente y natural que los conceptos poseen en nuestro presente.

Pero en el empleo que Koselleck realiza de la historia conceptual puede tematizarse además una pretensión crítica más bien implícita. Pues lo que

Koselleck describió en la historia de los conceptos políticos modernos es la transformación en la experiencia del tiempo propia de la modernidad, que ilumina a ésta de un modo específico. La tesis de Koselleck es que los conceptos modernos pueden “interpretarse como indicadores de un cambio acelerado de la experiencia histórica”.¹¹ La conciencia de la aceleración del cambio, característica de la modernidad, se plasma en conceptos que “se basan sólo parcialmente en estados de experiencia y en los que la expectativa del tiempo venidero crece proporcionalmente a la carencia de experiencia”.¹² Como ha sostenido Faustino Oncina, “Koselleck convierte la aceleración de la experiencia en signo de la modernidad, ella es sobre todo una experiencia de amnesias aceleradas, de una aceleración sin igual del olvido”.¹³

Los conceptos modernos son así claramente asimétricos: se da en ellos una diferencia creciente entre experiencia y expectativa, en la que la segunda se amplía sin tener base en la primera. La expectativa se sobredimensiona y carece de sustento en un espacio de experiencia, ahora atrofiado por la aceleración temporal. Aquí reside claramente una pretensión crítica de la historia conceptual de Koselleck. Pues en su desciframiento de los conceptos modernos encontramos todo un diagnóstico crítico de la modernidad, que apunta a su patología fundamental: esta creciente “diferencia entre experiencia y expectativa”,¹⁴ que posee problemáticas consecuencias socio-políticas, sobre todo la generación de una praxis política impulsada por una pura expectativa carente de base experiencial (carente de todo apoyo en la experiencia y en las enseñanzas del pasado). Es decir, una política que se lanza impacientemente a un futuro sobre el que se proyectan expectativas (deseos, anhelos, esperanzas) que el presente es incapaz de satisfacer.

Estamos ante un diagnóstico de tintes antimodernos, pues para Koselleck la cuestión es que *ningún* presente podría satisfacer las expectativas generadas por la Ilustración y por la modernidad en general, pues éstas no serían más que la traducción de las expectativas cristianas de salvación ultraterrena en el ámbito de lo intrahistórico, lo cual sólo puede poseer efectos distorsionantes: “La meta —antiguamente aguardada, esperada o temida en clave apocalíptica— de un fin del mundo que irrumpe en intervalos acortados se ha convertido, con la Ilustración, en un concepto de expectativa puramente intramundano. Ciertamente, también en la Ilustración se ha teñido el futuro de una promesa

cuasi religiosa, pues debería traer la felicidad y la libertad frente a cualquier forma de dominación, y ambas tendrían que alcanzarse de manera acelerada mediante la acción humana”.¹⁵ Esta incorporación del telos ultraterreno de la salvación en el escenario histórico fue asumida con total coherencia por Robespierre: “Esta posición corresponde, aunque con una mayor dosis de activismo, a aquella posición expresada por Robespierre en la fiesta de la Constitución de 1793. Felicidad y libertad son el destino de los hombres, que ahora en la Revolución toca realizar: ‘Los progresos de la razón humana han preparado esta gran Revolución y a vosotros corresponde especialmente el deber de acelerarla’”.¹⁶ Con esta vinculación entre Ilustración y Revolución, Koselleck aspiraría implícitamente a abarcar también los intentos revolucionarios del siglo XX, mostrando que su común denominador es el empleo del terror revolucionario como medio para la aceleración del progreso. Koselleck articula así su peculiar versión de una dialéctica de la Ilustración: la modernidad ilustrada estaría condenada a desembocar, según su lógica inmanente (una lógica de la aceleración temporal hacia un futuro anhelado —la antigua salvación cristiana, ahora traducida en términos intrahistóricos— que habría que realizar a toda costa), en las formas diversas de terror revolucionario, desde los jacobinos hasta Stalin.

2. Necesidad de un cambio de diagnóstico

No voy a detenerme en una valoración crítica de este diagnóstico de la modernidad que denuncia su lógica utópico-revolucionaria.¹⁷ Mi intento de pensar un modelo de historia conceptual crítica apunta en otra dirección: pienso en una historia conceptual que aspire a aportar instrumentos, no ya para un empleo crítico de las fuentes históricas, ni para una crítica, de sentido claramente conservador, de la forma de experiencia moderna como matriz de las patologías inherentes a la modernidad, sino para una crítica de las realidades sociales vigentes en nuestro presente (atendiendo a si encarnan relaciones sociales justas y si posibilitan formas de vida lograda). Para ilustrar la problemática a partir de la que podría pensarse tal carácter crítico, voy a remitirme a un posicionamiento común a varios de los representantes de la Teoría Crítica de

la denominada Escuela de Francfort. Éstos afirmaron que el significado de determinados conceptos histórico-políticos no puede concebirse, sin problemáticas pérdidas, en términos meramente analíticos u operacionales, que reducirían el significado de un concepto en un determinado marco lingüístico a su uso efectivo dentro de éste. En el caso de Herbert Marcuse, su diagnóstico de las sociedades desarrolladas (tanto capitalistas como del socialismo real) de los años 50 y 60 afirma que en ellas “las palabras y los conceptos tienden a coincidir, o, mejor dicho, el concepto tiende a ser absorbido por la palabra. Aquél no tiene otro contenido que el designado por la palabra de acuerdo con el uso común y generalizado, y, a su vez, se espera de la palabra que no tenga otra implicación que el comportamiento (reacción) común y generalizado. Así, la palabra se hace *cliché* y como cliché gobierna el lenguaje hablado o escrito”.¹⁸ Conceptos presuntamente normativos como democracia, libertad o justicia acaban siendo entendidos a partir de su uso dominante, institucional y mediáticamente condicionado, en la realidad social dada, a saber, para referirse al modo específico en que tales conceptos han sido institucionalizados en la sociedad vigente. Dicho de manera sintética: las sociedades promoverían un uso de tales conceptos para *referirse a sí mismas* (como ocurrió con el término “socialismo” o “democracia popular” en las sociedades del llamado socialismo real, fenómeno analizado por Marcuse en su obra *El marxismo soviético*¹⁹).

El significado de los conceptos queda delimitado por su uso, que remite a lo efectivamente realizado dentro del horizonte de lo inmanente desde un punto de vista social, de manera que otros empleos de tales conceptos son tachados simplemente de utópicos o carentes de sentido (pues trascenderían el modo concreto y efectivo en que tales conceptos han recibido plasmación institucional en la sociedad real y existente, apuntarían más allá de lo real, a un no-lugar o un lugar que no existe: carecerían de sentido del mismo modo que la proposición “El rey de Francia es calvo” carece de sentido). Esta restricción del significado de los conceptos histórico-políticos que los acaba refiriendo a lo dado, esta “funcionalización del idioma, expresa una reducción de sentido que tiene una connotación política”.²⁰

En tanto que los conceptos son únicamente empleados para referir lo ya dado o lo asumido como su significado dentro de los parámetros de la sociedad existente, se imposibilita un uso de los mismos orientado al diagnóstico

crítico de las realidades del presente, pues a la luz de los conceptos, tal como son usados hegemónicamente, tales realidades aparecen ya siempre como coincidiendo con ellos como su plasmación institucional. Los conceptos se tornan unidimensionales: sólo sirven para referir lo existente o para pensar en el seno de lo existente, carecen de toda dimensión semántica que apunte más allá de lo dado. No sólo los conceptos, también la realidad se vuelve unidimensional pues, sin conceptos que posibiliten su iluminación crítica, la realidad resulta desproblematizada de raíz: aparece como lo que puede y debe ser. Con ello, el horizonte de expectativas queda restringido al plano de inmanencia definido por lo dado, por lo ya realizado.

Lo interesante del planteamiento de Marcuse es que esta otra dimensión del lenguaje, trascendente a su uso estereotipado y unidimensional dentro de un marco social concreto, no apunta más allá de lo histórico, hacia una dimensión transcendental o ideal (al modo de ideas platónicas), sino que es concebida como una “dimensión histórica”.²¹ Lo que constata Marcuse es que la supresión de toda dimensión semántica del lenguaje trascendente a lo dado adopta la forma de una “*supresión de la historia*, y este no es un asunto académico, sino político. Es una supresión del propio pasado de la sociedad y de su futuro, en tanto que este futuro invoca el cambio cualitativo, la negación del presente”.²² Marcuse encuentra que las sociedades actuales están en continua confrontación con esa dimensión semántica trascendente de ciertos conceptos, confrontación que adopta la forma de una “lucha contra la historia”, pues “el recuerdo del pasado puede dar lugar a peligrosos descubrimientos, y la sociedad establecida parece tener aprensión con respecto al contenido subversivo de la memoria”.²³ Y ello porque la memoria “es contraria al cierre del universo del discurso y la conducta: hace posible el desarrollo de conceptos que rompen la estabilidad y trascienden el universo cerrado concibiéndolo como un universo histórico. Confrontado con la sociedad dada como objeto de su reflexión el pensamiento crítico deviene conciencia histórica”.²⁴

De ahí que cuando se contraponen, por ejemplo, al modo de institucionalización de la democracia en las sociedades democráticas occidentales un concepto enfático de democracia (que remitiría al “control popular como soberanía popular”), a partir del cual se constataría el carácter limitado de la democracia realmente existente, tal concepto “no es de ninguna manera

una invención de la imaginación o de la especulación, sino que tiende a definir la intención histórica de la democracia, *las condiciones por las que la lucha por la democracia se sostuvo, y que todavía están por realizarse*'.²⁵ Esta referencia a aquello que impulsó y cuya realización orientó las luchas emancipatorias del pasado (su horizonte de expectativas), y que está aún por realizarse, define la dimensión en la que va a buscar base normativa la historia conceptual crítica a la que apelo aquí, tal como voy a mostrar a continuación.

Considero que este diagnóstico realizado por Marcuse remite a una situación problemática que en líneas generales sigue siendo la nuestra. En los debates políticos actuales se sigue produciendo una restricción del significado de los conceptos en términos operacionales según los parámetros del marco institucional vigente. Ello converge con (y se retroalimenta de) una situación de estrechamiento del horizonte de expectativas del colectivo social, no sólo en España, sino a nivel global, respecto a la situación de hace 35-40 años. Por razones en las que no podemos detenernos aquí por falta de espacio, se puede afirmar que en la denominada postmodernidad, que como lógica cultural del capitalismo tardío, tal como ha sostenido F. Jameson, se torna dominante a partir de la mitad de los años 70 del siglo XX,²⁶ se ha producido a nivel global una cesura respecto a la dinámica que Koselleck había tematizado en la modernidad: estamos en una situación en la que nuestro horizonte de expectativas se ha empobrecido y estrechado hasta no sobrepasar ya más los límites de lo existente, de manera que ya no cumple ningún papel orientador de la praxis política.²⁷

El diagnóstico crítico de la modernidad realizado por Koselleck ha quedado así obsoleto en nuestro presente: la cesura entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa se ha cerrado en perjuicio del segundo. Éste ha sido encajado, como en un lecho de Procusto, en los límites del primero, absolutizando de este modo la inmanencia. La fórmula de Koselleck para una posible optimización de la modernidad en términos de reinstalación de nuestro horizonte de expectativas dentro de los límites de nuestro espacio de experiencia (para convertir a la historia en maestra de la vida e impedir así los desmanes político-utópicos provocados por las expectativas excesivas impulsadas por una aceleración temporal desbocada) se ha realizado perversamente en una época incapaz, como ha sostenido F. Jameson, no sólo de actuar en

favor de un futuro mejor sino de representárselo e incluso de desearlo.²⁸ En todo caso, no cabe duda de que esta transformación en la experiencia actual del tiempo y de la historia podría ser puesta de manifiesto por una historia conceptual, del tipo de la articulada por Koselleck, aplicada a las transformaciones semánticas de los conceptos característica de nuestro presente.

3. Los parámetros de una historia conceptual crítica

Quizá pueda pensarse en un modo de historia conceptual que sirva de ayuda para contrarrestar esta situación, al sustentar un empleo de determinados conceptos capaz de apoyar una ampliación de nuevo de nuestro degradado horizonte de expectativas que posibilite una percepción y una iluminación crítica del propio presente. Del planteamiento de Koselleck podemos extraer importantes indicaciones en esta dirección. Sostiene que la historia conceptual se ocupa de “conceptos cuya capacidad semántica es más amplia que la de “meras” palabras de las que se usan generalmente en el ámbito sociopolítico”.²⁹ La clave es cómo concebir esta “capacidad semántica más amplia” que definiría al concepto. Como ya apunté antes, parece remitir a la dimensión de la experiencia del tiempo presente y del futuro sedimentada en el concepto: “una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra”.³⁰

Naturalmente, para los que practican la historia conceptual, el contexto de experiencia descifrable en un concepto corresponde al tiempo *pasado* en el que se forjó tal concepto. Esto abre la cuestión de la relación entre ese contenido semántico, plasmación de un espacio de experiencia y un horizonte de expectativas de un pasado determinado, y nosotros aquí y ahora. Esto lo asume Koselleck: “Toda historia conceptual o de las palabras procede, desde la fijación de significados pasados, a establecer esos significados para nosotros”.³¹ Con ello se introduce un diferencial de tiempo en el propio concepto: éste muestra “una estructura temporal interior”.³² Efectivamente, la historia conceptual remite a “la simultaneidad de lo anacrónico, que puede estar contenida en un concepto”.³³

Pero la fijación del significado de un concepto para nosotros no tiene la forma de la reconstrucción de un fósil que nada tiene que ver con nuestro contexto y problemática. Como sostiene Elías Palti, Koselleck piensa que “en un concepto se encuentran siempre sedimentados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciaciones diversas, los que se ponen en juego en cada uno de sus usos efectivos (esto es, vuelve sincrónico lo diacrónico). De allí deriva la característica fundamental que distingue a un concepto: lo que lo define es, precisamente, su capacidad de trascender su contexto originario y proyectarse en el tiempo”.³⁴ Esta capacidad de determinados conceptos de trascender su contexto se basa a su vez en esa “capacidad semántica más amplia” de la que hablábamos arriba, que no es otra cosa, como hemos visto, que el “estrato de experiencia formulado lingüísticamente” en ellos.³⁵

Desde aquí se ilumina una posible tarea para la historia conceptual, a saber, la de descifrar en los conceptos pasados la experiencia histórica sedimentada en ellos y, al mismo tiempo, enfrentar ese poso de experiencia sedimentado en el concepto a nuestro presente: “si se analizan los conceptos pasados que aún podrían ser los nuestros considerando los significantes, el lector consigue una vía de acceso a las esperanzas y deseos, a los temores y sufrimientos de los contemporáneos de otra época. Pero, más aún, así se le descubren el alcance y los límites de la fuerza enunciativa de las producciones lingüísticas anteriores”.³⁶ La historia conceptual analiza históricamente los conceptos tal como fueron usados en el pasado para descubrir un entramado de experiencias y expectativas en ellos coagulado para, a continuación, determinar a partir de tal sedimento experiencial su “fuerza enunciativa” para nosotros.

A partir de esto se podría pensar, desde mi punto de vista, en una forma de historia conceptual crítica que asumiera como objetivo confrontar el pasado al presente para colaborar en la iluminación crítica de este último.³⁷ Esto puede ser realizado si se consigue presentar el horizonte de expectativa coagulado en el uso pasado de un concepto todavía empleado por nosotros como poseyendo fuerza *vinculante* para nuestra acción y decisión en nuestra situación histórica. Esto constituye el reto fundamental de una historia conceptual crítica, pues la forma de experiencia histórica dominante en nuestra época en las sociedades opulentas se mueve entre la fijación compulsiva a un presente al que por todos los medios se intenta sacar partido lúdicamente (respecto a lo cual el pasado

real, con sus esperanzas frustradas y sus pequeñas y grandes catástrofes se torna en algo irrelevante o más bien en algo molesto) y, tal como barruntó Nietzsche, el acercamiento al pasado mediado por los estereotipos socioculturales y, en nuestros días, por la industria cultural, que convierten el pasado en fetiche, adorno y objeto de distracción y diversión.³⁸

En todo caso, y quizá a contracorriente de los tiempos, la historia conceptual crítica se esforzaría en presentar como aún válidos para nosotros el cúmulo de expectativas de un futuro mejor plasmado en el significado de determinados conceptos políticos, tal como fueron empleados en momentos concretos del pasado. Esto supondría distanciarse del modo de aplicación de la historia conceptual por parte del propio Koselleck, el cual persigue con ella efectuar un diagnóstico de las patologías modernas, que sintetiza, como hemos expuesto, en la diferencia creciente entre experiencia y expectativa, que determina que esta última resulte sobredimensionada y carente de base. Una historia conceptual crítica, tal como definiendo aquí, se apoyaría en cambio en las expectativas de una vida mejor, de emancipación de la explotación y la dominación, generadas en el pasado (tanto en el marco de las luchas que dieron lugar a la sociedad burguesa como a partir de la dinámica de *desarrollo* material y social que ha caracterizado en general su decurso hasta nuestros días) y sedimentadas en determinados conceptos, para sustentar la posibilidad de un empleo crítico de los mismos respecto a nuestro presente. La historia conceptual crítica rastrearía en los usos pasados de los conceptos las “anticipaciones de futuro (...) que tenían que apuntar más allá de lo que se podía cumplir empíricamente y más allá de donde se podía predecir”.³⁹ Trataría de descifrar en el pasado “las expectativas de futuro emergentes que de golpe se levantaban”.⁴⁰ Con ello explicitaría para nosotros “un potencial utópico excedente”,⁴¹ que la historia posterior habría incumplido y que seguiría permaneciendo para nosotros como expectativa frustrada.

La historia conceptual crítica efectuaría por tanto una especie de arqueología de los anhelos y expectativas de un mundo mejor⁴² sedimentados en determinados conceptos tal como fueron forjados o empleados en un determinado momento histórico, para enfrentarnos a tal cúmulo de anhelos y expectativas en su carácter frustrado y traicionado. Para que esto sea posible, la historia conceptual debe tomar como objeto una época histórica lo suficientemente

cercana como para que nos podamos sentir apelados o afectados por tales esperanzas y deseos de entonces. Debe darse la suficiente proximidad temporal como para que se experimente un fondo tal de continuidad y vínculo entre pasado y presente que posibilite con toda su agudeza la percepción de la radical discontinuidad entre las expectativas pasadas y la situación presente.

Como ya he sostenido, el reto de la historia conceptual crítica es lograr que el contenido semántico excedente de determinados conceptos sea percibido como motivador para su praxis por los sujetos del presente. Para que ello sea posible, es necesario que se dé una determinada *constelación* entre el pasado en que un determinado concepto recibió una específica carga semántica ligada al contexto de experiencia y expectativa en que se forjó y el presente del historiador.⁴³ La forma de esta constelación, como ya sostuvo Benjamin, tiene como base una discontinuidad radical: un presente está en condiciones de poder ser afectado vinculadamente por las expectativas de aquel pasado del cual es su negación.⁴⁴ Es aquel presente en el que se consagra y culmina la frustración de las expectativas de un determinado pasado el que está en condiciones de que el horizonte de expectativa de ese pasado pueda aparecerle como poseyendo una determinada fuerza motivacional para su praxis desde un punto de vista moral y político.

El efecto buscado por esta forma de historia conceptual sería la conmoción del horizonte de expectativas dominante en el presente, a partir del choque con el horizonte de expectativas del pasado. Ello sería posible porque el horizonte actual de expectativas ha sufrido un hundimiento, un empobrecimiento, respecto a aquél del pasado del que se ocupa la historia conceptual. El resultado esperado es la ampliación de nuestro horizonte de expectativas a partir de la irrupción en nuestro marco de experiencia de las expectativas del pasado como frustradas. A lo que se aspira es a que esta ampliación del horizonte actual de expectativas se traduzca en una incentivación de la praxis política orientada a una transformación de lo dado en una dirección justa, praxis en la cual efectivamente se haría justicia (según Benjamin, se *redimirían*) las expectativas frustradas del pasado.⁴⁵

El ensayo que presento aquí de una puesta en diálogo de las ideas de Koselleck y Benjamin tiene interesantes precedentes. Ya Habermas esbozó un somero contraste entre sus concepciones del tiempo histórico (contraste en el

que sale perdiendo Benjamin).⁴⁶ Más recientemente, Nora Rabotnikof, la traductora al castellano de los excelentes libros de Susan Buck-Morss sobre Adorno y sobre el proyecto de los Pasajes del último Benjamin,⁴⁷ publicó una interesante aportación en el volumen colectivo editado por Bolívar Echeverría sobre las tesis sobre la historia del pensador berlinés. En este escrito se sostiene que hay algo en la concepción benjaminiana de la memoria que se asemeja a la idea de Koselleck de “futuros pasados”: “si ‘futuro’ es el sustantivo y ‘pasado’ el adjetivo, nos referimos a ‘los futuros del pasado’, es decir a los sueños, las expectativas, las esperanzas que poblaban un pasado más o menos distante [...] la expresión parece aludir a los futuros de ayer”.⁴⁸ Esta categoría posibilita afrontar la idea benjaminiana de un pasado marginado y reprimido por las narrativas históricas dominantes: “En su acepción más simple el futuro-pasado remite a las esperanzas y expectativas de las generaciones anteriores, aquellas que no necesariamente tienen registro histórico”.⁴⁹ También la categoría de espacio de experiencia puede ser entendida en unos términos apropiables por el planteamiento de Benjamin: “La experiencia hace referencia a un pasado presente, es decir, a un pasado incorporado al presente bajo la forma del recuerdo o de un cierto ‘saber’. [...] El espacio de experiencia reúne tanto la ‘experiencia vivida’ (y recordada) como el recuerdo de acontecimientos no vividos, sino transmitidos”.⁵⁰ De manera que desde las categorías analíticas fundamentales de Koselleck puede darse cuenta de la tarea pedagógico-política reivindicada por el último Benjamin: “Los futuros pasados, citados o conjurados en el presente provocarían un despertar político que descubriría el potencial mesiánico del presente. Reivindicar pasados futuros para despertar la conciencia adormecida del presente y hacer estallar el tiempo”.⁵¹

Un caso en el que podría ponerse en práctica el modelo de historia conceptual crítica esbozado aquí serían los conceptos de *república* y de *republicano* en el contexto español. A diferencia de países como Estados Unidos o Alemania, en los cuales el término republicano ha llegado a poseer un significado político conservador o claramente derechista, en la historia de España del siglo XIX y comienzos del XX la cosa parece haber sido en principio diferente. Quizá una historia conceptual de los conceptos de *república* y *republicano* en nuestro país pueda poner de manifiesto el modo en que durante ese periodo histórico se condensó en ellos toda una serie de expectativas de grandes colectivos de la

sociedad española de entonces (y sería también interesante rastrear cuál fue la situación en las colonias españolas en América a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y en Cuba en las décadas previas a 1898), expectativas de una sociedad más justa, democrática y laica. Una historia conceptual crítica de tales conceptos trataría de enfrentar ese plus semántico (claramente derivado de la historia concreta de España, de sus conflictos socio-políticos específicos, de la historia de las luchas sociales predominantes en ella) a nuestro espacio de experiencia y nuestro horizonte de expectativa presente. La condición de que ese plus semántico pueda ser percibido en la actualidad como poseyendo fuerza motivacional sería que se sintiera que el presente socio-político de nuestro país, configurado a partir de la transición política de los años 70 mediante un complejo juego de continuidad y desplazamientos respecto al régimen que aniquiló la república española (una transición, no lo olvidemos, dirigida desde arriba por determinadas elites del *establishment* de entonces), es efectivamente la frustración y olvido de aquellas expectativas del pasado no tan lejano.

4. Consideraciones finales

Resulta patente que la historia conceptual crítica rápidamente esbozada aquí se sostiene expresamente en una toma de partido, pero ello no tiene por qué hipotecar sus pretensiones cognoscitivas. En Koselleck encontramos una adecuada defensa teórica de la tesis que afirma que el partidismo es inherente a la práctica del historiador. Lo que resulta necesario es que la toma de partido esté tensamente entrelazada con la pretensión de rigurosidad y el uso crítico de las fuentes. Como Koselleck reconoce, “la parcialidad y la objetividad se limitan de un modo nuevo en el campo de la tensión entre la formación de la teoría y la exégesis de las fuentes. La una sin la otra son inútiles para la investigación”.⁵² Koselleck defiende que partidismo y objetividad, a pesar de que se excluyen filosóficamente, confluyen necesariamente en la práctica del historiador: confluyen tensamente. Pues la toma de partido es inextricable a toda aproximación a la historia pero, al mismo tiempo, el conocimiento histórico depende de técnicas de autenticación de fuentes, de lectura de las mismas, de datación de documentos, etc. Además, aún más importante, la posición en la

que se ubica el historiador debe ser explicitable y sometible a discusión razonada y argumentada (aunque esta discusión no tenga por qué culminar en un acuerdo), de manera que no toda posición puede pensarse como legítima (hay tomas de partido que ni siquiera se pueden articular coherentemente para posibilitar su discusión).

El modelo de historia conceptual apuntado aquí aspiraría a promover, a impulsar, con toda modestia y lucidez respecto a sus limitaciones y alcance, el cambio histórico. Y una vez más, Koselleck da la clave para pensar esto. Es ya conocido el significado de categorías de Koselleck del tipo de *futuro pasado* y *pasado presente*. El primero, de manera muy sintética, abarcaría lo que un pasado determinado se representó como futuro posible y deseable. El segundo es el pasado actualizado en la memoria histórica de los sujetos vivos hoy en día. Pues bien, para Koselleck el “cambio puede [...] establecerse como el tránsito [...] desde el futuro pasado de mundos anteriores hasta nuestro pasado presente (piénsese por ejemplo en las utopías de la Revolución Francesa, cuyas esperanzas todavía están presentes)”.⁵³ Este es en efecto el tipo de cambio que pretendería alimentar la historia conceptual crítica a la que apunto.

Por último, está claro por lo dicho que la condición de posibilidad de una historia conceptual como la que propongo aquí es una constelación entre pasado y presente marcada por la *derrota*. Esto es importante, pues también en este punto Koselleck coincidiría con la idea que sustenta nuestra propuesta, a saber, que lo que posibilita que un tiempo determinado pueda ser afectado y conmovido por un pasado concreto es que sus expectativas se transmitan como ruinas, como traicionadas en ese presente. Desde unos parámetros políticos diferentes, como se ha comprobado, a los de Benjamin, Koselleck defiende también, como ha sabido ver Sandro Chignola, que “lo que impulsa el trabajo de historización es la experiencia de una *derrota*”.⁵⁴ Expresamente, la historia conceptual crítica a la que he apuntado aquí asume como propia una posición muy determinada, a saber, el punto de vista del vencido. Naturalmente, la asunción como propia de esta perspectiva se sostiene en motivos morales y políticos. Pero se sustenta además en una convicción compartida por Koselleck: la convicción de que “en el hecho de ser un vencido reside un potencial inagotable de conocimiento”.⁵⁵

Notas

1. Agradezco a Faustino Oncina sus comentarios a una primera versión del presente texto, que me han ayudado a afinar la argumentación. Este material fue expuesto en el encuentro organizado por Concha Roldán y Faustino Oncina sobre Filosofía de la historia e historia conceptual y celebrado en la sede del CSIC en Madrid en mayo de 2008, donde se pudo beneficiar de los comentarios y críticas de los participantes, en especial de Roberto Rodríguez Aramayo, Antonio Gómez Ramos, Elena Cantarino y el propio Faustino Oncina. Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación del Ministerio español de Educación y Ciencia titulado “Teorías y prácticas de la historia conceptual: un reto para la Filosofía” (proyecto HUM 2007-61018/FISO), financiado por el MEC y con fondos FEDER.

2. En otro lugar he ensayado una confrontación crítica con la *Historik* de Koselleck (su propuesta de una teoría transcendental de la historia, que tematizaría las categorías condición de posibilidad de toda historia posible), en la que he discutido, por sus efectos perversos sobre nuestra representación de lo histórico, tanto las categorías que elige como condición de posibilidad de toda historia posible, como su misma pretensión de transcendentalidad. Ver “La Histórica de Koselleck y la *apertura* de la historia”, en *Conceptos. Revista de investigación graciana*, A Coruña, Universidad da Coruña, 2008, no 5 (número monográfico dedicado a la historia conceptual), pp. 91-103.

3. A. Gómez Ramos, “El trabajo público de los conceptos”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, Madrid, Instituto de Filosofía del CSIC, 2007, no 37, p. 191.

4. Ver W. Benjamin, *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005 y, del mismo autor, *Obras*, Libro I, vol. 2, Madrid, Abada, 2008, pp. 305-318.

5. R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 112.

6. Ver R. Rodríguez, “La idea de una interpretación fenomenológica”, en *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la Cultura*, Morelia, Facultad de Filosofía e Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007, no 16, pp. 20-39.

7. R. Koselleck, *Estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 78.

8. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 118.

9. Ver A. Gómez Ramos, “Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, en R. Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004, p. 15 y ss.

10. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 322.

11. *Ibid.*, p. 306.

12. *Ibid.*, p. 325.

13. F. Oncina Coves, “Necrológica del Outsider Reinhart Koselleck: el ‘historiador pensante’ y las polémicas de los historiadores”, en *Isegoría*, Madrid, Instituto de Filosofía del CSIC, no 37, 2007, p. 57.

14. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 351.
15. Ver R. Koselleck, “Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización”, editado en su libro *Aceleración, prognosis y aceleración*, Valencia, Pretextos, 2003, p. 59.
16. *Ibid.*, pp. 58-9.
17. Una valoración crítica de la identificación de Koselleck entre modernidad, Ilustración e hybris revolucionaria es realizada por F. Oncina Covas, “La modernidad velocífera y el conjuro de la secularización”, en R. Koselleck, *Aceleración, prognosis y aceleración*, pp. 11-33.
18. H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 117.
19. Ver H. Marcuse, *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 1975.
20. H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, p. 117.
21. *Ibid.*, p. 127.
22. *Ibid.*, p. 128.
23. *Ibid.*, pp. 128-9.
24. *Ibid.*, p. 130.
25. *Ibid.*, p. 147 (subrayado mío).
26. Ver F. Jameson, *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996, pp. 9-22.
27. Expongo esto más pormenorizadamente en el libro *Hacia una hermenéutica dialéctica*. W. Benjamin, Th. W. Adorno y F. Jameson, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 265-282.
28. Según I. Buchanan, Jameson diagnostica en nuestro tiempo un doble fracaso de la imaginación: por un lado el fracaso para desarrollar una representación del presente relevante en términos práctico-políticos, por otro, un fracaso para imaginar una forma de futuro que no sea ni la prolongación del presente ni su destrucción apocalíptica. Ver I. Buchanan, “Foreword”, en F. Jameson, *Jameson on Jameson. Conversations on cultural marxism*, Durham y Londres, Duke University Press, 2007, p. x.
29. R. Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 106-7.
30. *Ibid.*, p. 117.
31. *Ibid.*, p. 113.
32. *Ibid.*, p. 328.
33. *Ibid.*, p. 123.
34. E. J. Palti, “Introducción”, en R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, p. 15.
35. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, p. 77.
36. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 288.
37. Benjamin lo formulaba así: “La exposición materialista de la historia lleva al pasado a colocar al presente en una situación crítica”, W. Benjamin, *Libro de los Pasajes*, p. 473.
38. Sobre esto último, ver A. Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005.
39. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 330.
40. R. Koselleck, *historia/Historia*, p. 129.

41. R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 349.
42. Lo que Jameson ha denominado una arqueología del futuro, ver F. Jameson, *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, Londres/Nueva York, Verso, 2007.
43. Sobre el concepto de constelación ver W. Benjamin, *Libro de los Pasajes*, pp. 459-490.
44. Benjamin afirma expresamente: “Para que un fragmento del pasado sea alcanzado por la actualidad, no puede haber ninguna continuidad entre ellos.” W. Benjamin, *Libro de los Pasajes*, p. 472.
45. Ver W. Benjamin, *Obras*, Libro I, vol. 2, Madrid, Abada, 2008, pp. 305-318.
46. Ver J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 23-7. Debo esta referencia a mi amigo Michele Salonia.
47. Me refiero a sus libros *Origen de la dialéctica negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt*, México, Siglo XXI, 1981 y *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor/La balsa de la Medusa, 1995.
48. N. Rabotnikof, “El ángel de la memoria”, en B. Echeverría (ed.), *La mirada del ángel. En torno a las Tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, México, Era, 2005, p. 157.
49. *Ibíd.*, p. 159.
50. *Idem.*
51. *Ibíd.*, pp. 160-1.
52. *Ibíd.*, p. 201.
53. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, p. 118.
54. S. Chignola, “Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck”, en *Isegoría*, Madrid, Instituto de Filosofía del CSIC, no 37, 2007, p. 32.
55. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, p. 92.

Fecha de recepción del artículo: 15 de julio de 2008
Fecha de remisión a dictamen: 20 de julio de 2008
Fecha de recepción del dictamen: 5 de octubre de 2008